

HISTORIA

DE LA

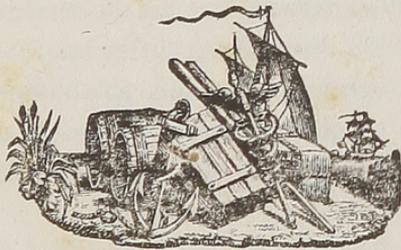
Revolucion Hispano-Americana:

Por D. Mariano Corrente,

AUTOR DE LA GEOGRAFIA UNIVERSAL.

Quand l'histoire serait inutile aux autres hommes, il faudrait la faire lire aux Princes. Il n'y a pas de meilleur moyen de leur découvrir ce que peuvent les passions et les intérêts, les tems et les conjectures, les bons et les mauvais conseils.

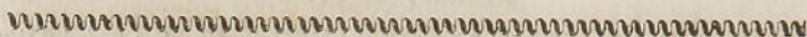
BOSSET, *Avant propos à l'Hist. univ.*



MADRID:

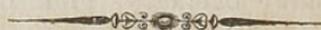
EN LA IMPRENTA DE D. LEON AMARITA.

1829.



CAPITULO XIX.

BUENOS-AIRES: 1812.



Permanencia de Artigas en las orillas del Uruguay con desprecio de las condiciones pactadas en el tratado de octubre de 1811. Escaramuzas de sus tropas con las portuguesas. Retirada final de éstas. Regocijo de la junta subversiva de Buenos-Aires por el buen éxito de sus intrigas. Conspiracion del 2 de julio dirigida por Alzaga. Desavenencia de las tropas orientales i de los gobernantes de Buenos-Aires. Medidas de proscripcion i secuestro, dictadas por éstos contra los europeos. Declaracion del general Vigodet contra tales desacatos. Crítica posicion de los insurgentes. Negociaciones entabladas con la plaza de Montevideo. Nuevos alborotos en la capital de La Plata. Proyecto de otra expedicion para sitiar á Montevideo. Batalla del 31 de diciembre. Apuros de los sitiados.

El acomodamiento pacífico, que en octubre del año anterior habian hecho las tropas de Buenos-Aires con la plaza de Montevideo, no podia ser mui duradero, quando para su formacion no habian concurrido la buena fé i sinceridad convenientes. El grande objeto de las intrigas de la junta de Buenos-Aires era la separacion de los auxiliares para atacar de nuevo dicha plaza de Montevideo con mayor vigor i esfuerzo. Sin embargo, la permanencia del gefe sedicioso don José Artigas en las orillas del Uruguay, i el pernicioso influjo que iba ejereiendo en los pueblos circunvecinos, fue causa de sérias contestaciones de parte de los generales portugués i español, con el gobierno disidente, el cual insistia en la pronta

evacuacion del territorio argentino por dicha division portuguesa. Ambos generales pedian que Artigas se trasladase á la otra parte del citado rio Uruguay, segun se habia establecido en el espresado convenio, sin cuya circunstancia no podia llevarse á efecto la retirada de los auxiliares. Lejos, pues, de conformarse con estas disposiciones el bullicioso Artigas, sostuvo algunos choques parciales contra los citados aliados; i con sus tropelías i arbitrariedades tuvo suspensa por largo tiempo la ejecucion de aquel tratado.

Avenidos finalmente los partidos, se retiraron las tropas portuguesas á sus dominios, i quedó el general Vigodet reducido á sus propios recursos para resistir á todos los ataques de la intriga, de la seduccion, del engaño, de la mala fé, i de todas las fuerzas rebeldes combinadas. Gozosa la junta de Buenos-Aires de haber triunfado en sus maquinaciones, i especialmente en la de haber inspirado á los gefes realistas una intempestiva desconfianza de la córte del Brasil, dirigió su fementida política ácia dos puntos importantes. Fue el primero intrigar en Rio Janeiro para que no volviesen sus tropas en auxilio de los españoles, haciendo valer por una parte la mala correspondencia con que trataban de persuadir á aquella córte; que habian sido pagados sus generosos servicios, i la injuria que se la habia hecho con solo creerla capaz de una perfidia, i por otra la poderosa mediacion de Lord Strangford á fin de que estorbase á todo trance la renovacion de aquella liga.

Asegurados los rebeldes por este diplomático, de que sus planes no serian de modo alguno contrariados por las tropas del Brasil, se ocuparon en llevar á efecto su segundo proyecto, que era de rendir la citada plaza de Montevideo, sin cuya posesion no podria jamas tener consistencia su gobierno. La conspiracion del 2 de julio dirigida por el español don Martin Alzaga, uno de los comerciantes mas ricos, i que tanto se habia señalado en los primeros movimientos equivocados contra la autoridad de Liniers; aquella conspiracion, formada al parecer con elementos poderosos, que contaba ya con al-

gunas compañías de infantería i con bastantes armas para distribuir á los partidarios del gobierno realista, i que daba por seguro su triunfo, del que habia de ser el resultado inmediato la elevacion de Alzaga al mando de Buenos-Aires hasta la decision de las Córtes, se malogró por la imprudente revelacion que uno de los iniciados hizo á su esclavo, de quien obtuvieron los insurgentes los primeros avisos. Desplegando estos toda la energía de su furor, arrestaron los principales motores, i entre ellos al fiel Alzaga, que fue pasado por las armas con 25 ó 30 mas de sus compañeros, habiendo sido desterrados al mismo tiempo otros muchos eclesiásticos, religiosos i paisanos á Lujan i fuerte de la Frontera.

No podia haberse fraguado en mejor tiempo una conjuracion contra aquel rebelde gobierno. Sarratea, que habia sido enviado á la banda oriental, se hallaba en la mayor desavenencia con Artigas i en términos de llegar á las manos. Igual desunion i falta de armonía se notaba en los tres sujetos que componian el gobierno de Buenos-Aires, que eran Chiclana, Pueirredon i Rivadabia. Era pues de esperar que el menor impulso precipitase el edificio revolucionario. Tal vez si manos mas espertas hubieran manejado la reaccion, habria tenido un resultado favorable. Sea como quiera, aquella alarmante tentativa hizo ver á los ambiciosos mandones la necesidad de deponer sus privados resentimientos para evitar su destruccion. Desde aquel momento se dictaron terribles medidas de rigor i proscripcion; se juró el esterminio de los españoles, i una guerra cruel á sus intereses. Un millon i medio de pesos fuertes, que produjeron las propiedades secuestradas, habilitó al gobierno insurgente á hacer los posibles esfuerzos para otra tentativa contra dicha plaza de Montevideo.

Apenas supo el general Vigodet las tropelías i estragos cometidos en Buenos-Aires contra los peninsulares, espidió bandos i proclamas para cortar toda comunicacion con dicha ciudad, conminando la pena capital á los que trasgrediesen aquellas enérgicas disposiciones.

La entereza i decision de aquel gefe realista dió á conocer á los rebeldes la necesidad de redoblar sus cuidados para que no zozobrase su nave en tan borrascosa crisis. Su arrojé i despecho revolucionario no era suficiente para dar solidez á su causa. Sus tropas dirigidas al interior del Perú habian debido replegarse al Tucuman en el mayor desórden; la campaña que trataban de abrir contra Montevideo requeria mucha gente; el enemigo que iban á combatir era muy respetable. Sobre las costas é inmediaciones de aquella capital dominaban los buques del Rei, de los que escaseaban los buenos-aiireños, quienes hacia poco tiempo que acababan de perder un queche en Patagonia: era preciso pues poner en actividad estremados recursos. Dióse la órden para levantar tres regimientos de cívicos, invitando á la poblacion á prestarse á tan interesante servicio, bajo la pública manifestacion de que la seguridad del Estado se hallaba en el mayor peligro; i fue dirigida en auxilio del Tucuman una parte de las tropas que tenian en la banda oriental.

El gobierno insurgente propuso á esta sazón, que fue en 28 de agosto, un acomodamiento pacífico á la plaza de Montevideo bajo las bases de formar todos un mismo pueblo hasta que volviese de su cautiverio el Monarca español, en cuyo caso se someterian á su autoridad, ofreciendo la mediacion de Inglaterra como garantía de aquel convenio; pero el general Vigodet desechó con indignacion todo ajuste que no llevase por base el reconocimiento de la regencia de la península; i el ayuntamiento de Montevideo, al que se dirijieron los rebeldes con igual objeto, dió con su enérgica i leal contestacion una nueva prueba de su decision i virtudes.

Esta fue la época mas terrible i alarmante que presenta la revolucion de Buenos-Aires. Las tropas de Goyeneche que habian llegado victoriosas hasta el Tucuman, debian obrar en combinacion con Vigodet, i con nuevos refuerzos portugueses que la Serenísimá señora doña Carlota Joaquina habia prometido á dicho gefe. Todos los elementos obraban á favor de los realistas: todo anunciaba que el pendon de Castilla habia de

tremolar mui pronto sobre la plaza de Buenos-Aires, i que el genio de la revolucion habia de esconderse para siempre en sus tenebrosas cavernas.

Empero una aciaga fatalidad vino á frustrar del modo mas sensible é inesperado tan halagüeñas esperanzas. Los cálculos de la prevision no podian alcanzar al terrible desenlace de las armas de Tristan, comandante de la vanguardia del ejército del Perú, cuya primera derrota en el Tucuman, i su total rendicion en Salta abrieron al vencedor las puertas del Perú, desalentaron á los amantes de la metrópoli, i dieron nuevo vigor i entusiasmo á los independientes.

Apenas acababa de llegar esta importante noticia á Buenos-Aires, otro embate revolucionario vino á conmover el Estado. El espíritu de partido, que influia en todas las deliberaciones públicas, anuló arbitrariamente la eleccion que en aquel tiempo se habia hecho de don Pedro Medrano para reemplazar al triúnviro saliente. Sus enemigos supieron escitar la desconfianza del pueblo, i formar un alboroto para que el gobierno recayese en don Juan José Passo, don Nicolás Peña, i don Antonio Alvarez Jonte.

La agitada situacion de las provincias argentinas era la de creerse con derecho de juzgar i dictar leyes á los sugetos en quienes habian depositado el poder. Con tan desconcertados principios no puede subsistir ningun gobierno. Es un error pensar que este se refuerza con desacreditar á los caidos i con dar opinion á los nuevamente entronizados: si los gobernantes llegan á persuadirse de que son unos meros aventureros, espuestos á caer por su propio peso i por la tendencia popular á renovar el ejemplo de las guardias pretorianas, sofocan toda medida de interes comun ante su propia conservacion, i en nada mas piensan que en acumular fondos para mantener con ellos la comodidad i el fausto de que puede privarles el capricho i la volubilidad. El nombre de patria en la boca, i el egoismo é interes personal en el corazon: esta es la divisa de los revolucionarios, i aun mas de

los que no cuentan con una seguridad en sus destinos.

Pero volvamos á tomar el hilo de la narracion histórica. Con la funesta derrota de Tristan pudo ya el gobierno de Buenos-Aires reunir mayores fuerzas, dirigir una respetable division á la banda oriental, i emprender con el mas vivo empeño el sitio de Montevideo bajo la garantía de que el ministro británico en Rio Janeiro no permitiria que aquella córte enviase clase alguna de socorros á dicha guarnicion.

El enemigo mas terrible para la causa del Rei en aquellos parages era el feroz Artigas, quien con sus indómitos gauchos, que obedecian ciegamente sus órdenes, se creia superior á todo poder. Conociendo el general Vigodet el peligro que corria la plaza, trató de hacer una salida bien combinada contra las primera tropas que se presentasen á su frente, confiando que le sería mas fácil batirlas antes que hubieran podido organizarse i fortificar sus posiciones. Una brillante espedicion de 20 hombres, mandada por el mayor general brigadier don Vicente María Muelas empenó un choque sangriento en 31 de diciembre contra los rebeldes. El ataque fue impetuoso i dirigido con todas las reglas del arte. Los soldados españoles ansiosos por cubrirse de laureles se lanzaron contra el enemigo con la mayor decision; hicieron prodigios de valor i se empeñaron en conseguir la victoria con el sacrificio de sus vidas; pero la caprichosa fortuna fue esquiva é ingrata con gentes, que por sus esfuerzos i por la santidad de la causa que defendian, eran acreedoras á su favor i predileccion. Todo el heroismo desplegado por aquella brillante columna no pudo preservarla de su completa derrota.

Un gran número de oficiales i soldados se abrió las puertas de la inmortalidad cayendo entre montones de cadáveres sacrificados por sus manos: el campo quedó empapado en sangre, i los que pudieron sobrevivir á aquella catástrofe, se retiraron en el mayor desórden á introducir en la plaza el terror i el desaliento. El benemérito Muelas, que habia tenido la fatalidad de caer prisionero en esta infausta batalla, fue inmolado atrocemente á la barbarie de aquellas tropas, las que come-

tieron los mas repugnantes escándalos contra su yerto cuerpo estrayéndole el graso para untar sus botas. La humanidad se horroriza, i tiembla la mano al trazar el cuadro de tamaños ultrages!

La osadía i el orgullo de los insurgentes llegó al último grado con esta victoria. Rondeau que mandó la accion, i los gefes Soler, Ortiguera, Quintana, Escalada i demas oficiales que mas se distinguieron en ella, se creyeron invencibles. Los realistas quedaron desanimados; se estrechó el sitio de un modo impenetrable por la parte de tierra; solo por la de mar tenían los españoles abiertas sus comunicaciones al favor de la superioridad de su marina, con la que incomodaban á los pueblos de la costa del rio, i entorpecian las relaciones de una i otra banda; pero en medio de estas únicas ventajas de que gozaban, temian con sobrado fundamento el riesgo que correria la plaza, luego que los rebeldes pudiesen organizar fuerzas navales capaces de operar activamente, como en efecto hacian las mas vivas diligencias para conseguirlo.

Con esta mira se habian dedicado á comprometer en su causa una parte de la marinería de buques extranjeros i no pequeño número de aventureros que iban concurriendo al pais, atraidos por un decreto en que se les prometia tierras i cuantos auxilios pudieran necesitar para establecerse en él. Mientras que los insurgentes daban fomento á su revolucion con estas halagüeñas providencias, corrian los realistas aceleradamente ácia su decadencia i ruina. Escaseaban entre ellos todos los artículos necesarios para sostenerse, i en particular el numerario, por cuya causa se hallaban con mucho atraso en sus pagas las tropas de tierra i la marina; todos los esfuerzos del celoso marqués de Casa-Irujo para sacar auxilio de la córte del Brasil eran frustrados por la tenaz contrariedad de Lord Strangford, quien llegó á amenazar á aquel gobierno de cortar con él todas sus relaciones i de retirarse, si favorecia la causa de los españoles; la península se hallaba demasiado agoviada con las huestes francesas para que pudiese librar la plaza de Montevideo de tan grandes apuros. La cons-

tancia del general Vigodet era á toda prueba, el valor de sus tropas i vecindario inflexible, i su decision i lealtad superiores á toda descripcion ; pero estos recursos no eran suficientes en el concepto general para conservar largo tiempo el honor de las armas de Castilla. Se conservó sin embargo, como se verá en la historia del año siguiente.

